que damos á estas palabras, no hay ni una mínima impresión. Y á pesar de eso, la bella historia de Adonis contiene muchos elementos de emoción religiosa. Simbólicamente tratada como la trataría el hombre meditabundo, como los misterios griegos lo hicieron sin duda, esta historia era capaz de una aplicación noble y conmovedora, y podía guiar el alma á pensamientos elevados y consoladores. Adonis era el sol en su carrera de verano y de invierno, en su tiempo de triunfo y en el de la derrota; pero en el tiempo del triunfo se movía hacia la derrota, y en el de la derrota volvía hacia el triunfo. De este modo llegó á ser un emblema del poder de la vida y la flor de la belleza, una cosa y otra corriendo inevitablemente á disminuir y decaer, y hallando, sin embargo, esa decadencia.

«La esperanza, y una renovación sin fin».

Pero nada de esto aparece en la historia preparada para el uso popular religioso. No está desprovisto de gracia y belleza su arreglo, pero no tiene nada de lo que es elevado y consolador, de lo que es en nuestro sentido la palabra religiosa. Las ceremonias religiosas de la cristiandad, aun en las ocasiones más alegres y de asuntos mundanos, se presentan á la multitud con tonos de carácter profundamente religioso, tales como el *Kirie eleison* y el *Te Deum.* Pero este himno griego á Adonis se adapta exactamente al tono y temple de una regocijada multitud—amante del placer—gentes de humor ligero, como Gorgó y Praxinoe; cuya naturaleza moral tiene el mismo peso que la de Filina en el *Wilhelm Meister* de Goethe, gentes que parecen no haber estado nunca serias, ni enfermas ó apesadumbradas. Y si por casualidad están enfermas ó apenadas, ¿qué harán entonces? pero eso no tenemos derecho á preguntarlo. Filina, dentro de los en-

cantados límites de la novela de Goethe, Gorgó y Praxinoe, dentro de los encantados límites del poema de Teócrito, nunca estarán enfermas ni tristes; no pueden estarlo. El ideal alegre y sensual de la vida pagana, no está enfermo ni apesadumbrado. No; aunque su fin natural está en la suerte de vida que Pompeya y Herculano traen ante nosotros tan vivamente—vida que de ningún modo sugiere el pensamiento de horror y miseria que aún satisface de muchas maneras los sentidos y el entendimiento; pero por la misma intensidad y perseverancia de apelar á ella, por no estimular más que un solo lado sensible en absoluto, acaba por fatigarnos y sublevarnos; dejándonos una sensación de restricción y opresión—con el deseo de un cambio exterior de nubes, tormentas, efusión y alivio.

Al principio del siglo XIII, cuando las nubes y tormentas habían llegado, cuando la vida pagana, alegre y sensual se había ido, cuando los hombres no vivían por los sentidos y el entendimiento, cuando estaban esperando por la pronta venida del Antecristo, apareció en Italia, al Norte de Roma, en el bello país de Umbría, al pie de los Apeninos, una figura del más mágico dominio y encanto: San Francisco. A mi modo de ver, su centuria es la más interesante en la historia de la Cristiandad, después de su edad primitiva; aún más interesante que la del siglo de la Reforma, y una de las figuras principales, y acaso la principal, al que este interés se liga es San Francisco. ¿Y por qué? Por causa del profundo instinto popular que le habilitó más que á cualquiera otro hombre desde la edad primitiva á adaptar la religión al uso popular. El trajo la religión al pueblo. Fundó una congregación de ministros de la religión, la más popular que ha existido en la Iglesia. Transformó el monacato desarraigando al monje es-

tacionario, librándole de la servidumbre de la propiedad y enviándole como fraile mendicante, para ser un extraño y residente temporario, no en el desierto, sino en los parajes más concurridos de hombres, para consolarles y hacerles bien. Este instinto popular suyo está en el fondo de su famoso maridaje con la pobreza. La pobreza y el sufrimiento son la condición del pueblo, de la multitud, de la inmensa mayoría de la humanidad, y hacia este *pueblo* se inclinaba su alma compasiva. «Escucha, se decía de él, á esos á quienes Dios no quiere escuchar.»

Como natural consecuencia de eso, fué escuchado como á ningún otro hombre se escuchó jamás. Cuando una ciudad ó aldea de Umbría tenía noticia de su venida, toda la población salía en alegre procesión á recibirle, con verdes ramos, banderas, música y cantos de alegría. El maestro, que empezó con dos discípulos, pudo reunir en vida (y

murió á los cuarenta y cuatro años), para celebrar la Pascua de Pentecostés con él, en presencia de una inmensa multitud, cinco mil Menores de su orden. Y de este modo halló cumplimiento su grito profético: «Oiré en mis oídos el sonido de las lenguas de todas las naciones que vendrán á unírsenos: franceses, españoles, alemanes, ingleses. El Señor hará de nosotros un gran pueblo, que llegará á los confines de la tierra.»

La prosa no podía satisfacer á esta alma ardiente, é hizo poesía. El latín era demasiado sabio para naturaleza tan sencilla, y compuso en su idioma materno: en italiano. Los comienzos de la poesía mundana de los italianos están en Sicilia, en la corte de los reyes. Los de su poesía religiosa están en Umbría, con San Francisco. Sus versos son las humildes aguas que rebosan de un poderoso torrente; al principio del siglo XIII, San Francisco

completa al Dante. Sucede, pues, que San Francisco, como la cantatriz de Alejandría, tiene también su himno para el sol, para Adonis. *Cántico del sol*, *Cántico de las criaturas*—el poema lleva ambos nombres.—Como el himno alejandrino, está designado para el uso popular, pero no para uso del pueblo del rey Tolomeo; sin arte en el estilo, irregular en el ritmo, se ajusta al ingenio infantil que lo produjo y á las naturalezas sencillas que lo aman y lo repiten:

«¡Oh Señor Dios, el más excelso y todopoderoso, á Ti sean dadas gloria, alabanza, honor y todas las bendiciones!

»Alabado sea mi Señor Dios con todas sus criaturas, y especialmente nuestro hermano el sol, que nos trae el día y la luz; es hermoso y brilla con gran esplendor: ¡Oh Señor, él te representa á nuestros ojos!

»Alabado sea mi Señor por nuestras

hermanas la luna y las estrellas, á las que ha colocado claras y hermosas en el cielo.

»Alabado sea mi Señor por nuestro hermano el viento, y por el aire y la nube, la calma y toda clase de tiempo, por el cual sostienes en la vida á todas las criaturas.

»Alabado sea mi Señor por nuestra hermana el agua, que es humilde, preciosa y limpia, y nos hace mucho servicio.

»Alabado sea mi Señor por nuestro hermano el fuego, el cual nos da luz en la oscuridad, y es brillante, agradable, poderoso y fuerte.

»Alabado sea mi Señor por nuestra hermana la tierra, que nos sostiene y nos guarda, y produce diversas frutas, y flores de muchos colores, y las hierbas.

»Alabado sea mi Señor por todos los que se perdonan uno al otro por su amor y sufren debilidad y tribulución;

benditos son los que sufren con mansedumbre, pues tú, ¡oh el más Excelso!, les darás una corona.

»Alabado sea mi Señor por nuestra hermana la muerte del cuerpo, á la que ningún hombre escapa. Desgraciado el que muere en pecado mortal. Benditos los que siguen su senda según tu voluntad, pues la segunda muerte no podrá hacerles daño.

»Alabad y bendecid al Señor, y dadle gracias, y servidle con mucha humildad.»

Es natural que el hombre goce con sus sentidos, pero también es natural que en la infelicidad tenga un refugio en su corazón é imaginación. Y cuando uno piensa lo que es la vida para la mayor parte de la humanidad, cuán poco goce puede haber para sus sentidos, comprende el encanto que tenga para ellos un refugio ofrecido en el corazón é imaginación. Sobre todo, cuando uno recuerda lo que era la vida humana en la Edad Media, comprende bien el encanto de tal refugio.

Pues la poesía del himno de Teócrito trata al mundo conforme á lo que piden los sentidos; la poesía del himno de San Francisco lo trata según lo que piden el corazón y la imaginación. El primero toma el lado sensible y exterior; el segundo el interior y simbólico. El primero admite del mundo cuanto da placer; el segundo admite todo lo que el mundo da de sí, lo escabroso y lo llano, lo penoso y lo placentero, todo al igual; pero transfigurado por el dominio de una emoción espiritual, traído á una ley de amor puro, teniendo su asiento en el alma. Así, puede decirse: «Alabado sea mi Señor por *nuestra hermana la muerte corporal.*»

Pero estas mismas palabras son quizá un indicio de que tocamos á un extremo. Cuando vemos á Pompeya, podemos poner el dedo sobre el sentimiento pagano en su extremidad. Y cuando

leemos lo de Monte Alverno y el *Stigmata*; cuando leemos los sufrimientos del final de la vida de San Francisco, repulsivos por ser causados por él; cuando le hallamos diciendo, «he pecado contra mi hermano el asno», dando á entender con estas palabras que había sido demasiado inhumano con su propio cuerpo; cuando le hallamos asaltado por la duda de «si el que se había aniquilado á sí mismo por la severidad de sus penitencias encontraría misericordia en la eternidad», podemos señalar el extremo del sentimiento cristiano medio-eval. La naturaleza humana no se compone toda de sensaciones y entendimiento, ni es toda corazón é imaginación. Pompeya fué la señal de que la medida del sensualismo había sido sobrepujada por la humanidad en general; la duda de San Francisco lo fué de que la medida del espiritualismo se había traspasado con exceso. La humanidad, en su violenta

repercusión de uno al otro extremo, había vibrado de Pompeya á Monte Alverno, pero estaba segura de no parar allí.

El Renacimiento es, en parte, un retorno hacia el espíritu pagano, en el sentido especial en que yo usé la palabra pagano; una vuelta hacia la vida de los sentidos y la comprensión. Por otra parte, la Reforma es lo opuestó á esto; en Lutero no hay nada griego ni pagano; aunque atacó con vehemencia la adoración de San Francisco, había en su estofa mucho de este santo; tenía mil veces más afinidad con San Francisco que con Teócrito ó Voltaire. La Reforma—yo no aludo á la comedia inferior dada con ese nombre por Enrique VIII y una compañía de segunda clase en esta isla, sino la verdadera Reforma, la alemana, la Reforma de Lutero—fué una reacción del sentido moral y espiritual contra el carnal y pagano; fué una restauración

religiosa como la de San Francisco, pero esta vez contra la Iglesia romana, no dentro de ella; pues el sentido carnal y pagano tenían en la actualidad su principal representación en el gobierno de la Iglesia romana. Pero la gran reacción contra la norma del corazón é imaginación, la impetuosa vuelta hacia el dominio de los sentidos é inteligencia, está en el siglo XVIII. Y esta reacción no ha tenido un campeón más brillante que un hombre del XIX, de quien ya he hablado; hombre que podía sentir, no sólo el deleite, sino también la poesía de la vida de los sentidos (que tiene su honda poesía); hombre que, en su último poema, dividía todo el mundo en «bárbaros y griegos»—Enrique Heine.—Nadie ha censurado la extremidad del sentimiento en Monte Albernia, el extremo cristiano, el corazón y la imaginación subyugando á los sentidos é inteligencia, con más amargura que

Heine; nadie aplaudió con mayor transporte el sentido de Pompeya, el sentido pagano.

«Estos sufrimientos, esta fiebre y tirantez, duraron toda la Edad Media; y nosotros los modernos, todavía sentimos en todos nuestros miembros el dolor y la debilidad de ellos. Aun los que no hemos curado, tenemos que vivir rodeados de una atmósfera de hospital, y encontrarnos en ella tan desdichados como un hombre sano entre los enfermos. Cualquier día, cuando la humanidad se haya puesto otra vez enteramente bien; cuando el cuerpo y el alma hayan firmado la paz, las riñas ficticias que la cristiandad ha puesto entre ellas, parecerán una cosa muy incomprensible. Las generaciones más felices y más hermosas, descendientes de uniones libres que nacerán y florecerán en la atmósfera de una religión de placer, se sonreirán tristemente cuando piensen en sus pobres

antecesores, cuya vida se pasó en melancólica abstinencia de los goces de esta hermosa tierra, marchitándose y enflaqueciéndose como espectros por la mortal compresión que opusieron á las ardorosas y vehementes emociones de la sensación. Sí, lo digo con seguridad; nuestros descendientes serán más hermosos y más dichosos que nosotros; pues soy un creyente del progreso, y juzgo á Dios como un ser bueno que desea que el hombre sea feliz.»

Ese es el sentir de Heine, en la flor de la vida, en el ardor de la actividad, entre el brillante remolino de París. No lo censuraré más de lo que he censurado el sentir del himno griego «Adonis». No quiero decidir nada por mí mismo; el verdadero arte de la crítica, es ponerse uno aparte y dejar que la humanidad decida. Ahora bien; el sentimiento de la «religión del placer», tiene tanto de natural en sí, que la humanidad lo aceptará con gusto si

puede vivir con él; para eso es preciso que uno nunca esté enfermo ni afligido, y el antiguo mundo pagano, ideal y limitado, nunca, como he dicho, *estaba* enfermo ni afligido, al menos nunca se nos mostró así:

¡Qué flautas y panderos, qué arrebatado éx-
[tasis!

En nuestra imaginación, Gorgó y Praxinoe cruzan la escena humana, charlando con su alegre acento dórico, *como tórtolas*, según dijo el malhumorado concurrente, y siguen charlando risueñamente hasta que desaparecen. Pero en el mundo real, que vino después del pagano—en el mundo bárbaro—el choque de accidentes es incesante; la serenidad de la existencia está turbada perpetuamente; ni aun un griego como Heine puede atravesar la escena mortal sin amarga calamidad. ¿Para qué le sirve entonces la «religión del placer?» ¿Qué apoyo le da,

qué consuelo? ¿Puede un hombre vivir con ella? Heine contestará otra vez; Heine, que tiene veinte años más, que está herido de enfermedad incurable, esperando la muerte: «La gran marmita está humeando delante de mí, pero no tengo cuchara que me ayude á servirme de ella. ¿De qué me sirve que en los banquetes se beban á mi salud los más exquisitos vinos en copas de oro, si yo, á quien se dedican esos brindis, estoy abandonado y privado de los placeres del mundo, y sólo puedo mojar los labios en agua de cebada? ¿Qué bien me produce el que todas las rosas de Shiraz abran sus hojas y ardan por mí con ternura apasionada? ¡Ay! ¿Shiraz está á unas dos mil leguas de la calle de Amsterdan, donde en la soledad de mi cuarto de enfermo sólo percibo el perfume de las toallas calientes? ¡Ay, la mofa de Dios pesa sobre mí! El excelso autor del universo, el Aristófanes del cielo, ha decidido hacer sentir hasta lo profundo del corazón al mimado autor de la tierra, al llamado Aristófanes de Alemania, cuán despreciables picaduras de aguja han sido sus más ingeniosos sarcasmos, comparados con los rayos que su divino mal humor puede lanzar contra los míseros mortales!...

La Crónica de Limburgo, dice que en el año de 1340, todas las gentes en Alemania cantaban y elogiaban ciertas canciones más alegres y deliciosas que cuantas hasta entonces se habían conocido allí; y todo el pueblo, viejos y jóvenes, particularmente las mujeres, se entusiasmaban con ellas, tanto, que desde por la mañana hasta la noche no se oía otra cosa. Lo raro del caso es, añade *La Crónica*, que el autor de estos cantos resulta ser un joven estudiante atacado de lepra, que vive separado de todo el mundo en un lugar desierto. El buen lector no necesita que se le diga cuán horrible mal era la

lepra en la Edad Media, y que los pobres desdichados que padecían esta plaga inclurable estaban desterrados de la sociedad y tenían que vivir lejos de todo ser humano. Como cadáveres vivientes, con una túnica gris hasta los pies y la capucha echado sobre la cara, andaban por los contornos llevando en la mano una gran matraca, llamada la matraca de San Lázaro. Con ésta avisaban su aproximación para que cualquiera persona tuviese tiempo de apartarse de su camino. Este pobre estudiante, cuyo don poético ensalzaba la *Crónica de Limburgo*, era pues, un leproso, y vivía abatido en el horrible yermo de su infortunio, mientras en toda Alemania se elogiaban sus cantos alegres y melodiosos.

«Algunas veces, en las sombrías visiones de la noche, imagino ver delante de mí al infeliz estudiante atacado de lepra de que habla *La Crónica*, y que por debajo de su capuz, sus ojos

afligidos se fijan en mí de un modo extraño; pero de allí á un instante desaparece, y oigo desvanecerse á lo lejos, como el eco de un sueño, el triste crujido de la matraca de San Lázaro.»

¿Hemos andado largo camino desde Teócrito hasta ahí? La expresión de eso no tiene nada del carácter pagano, feliz y positivo; se parece más á una pantomima grotesca del sufrimiento en la Edad Media. Tiene profundidad y vigor, aunque al mismo tiempo no es genuinamente poético; no tiene la naturaleza suficiente para serlo; hay demasiada petulancia y baladronada. Pero como condición de sentimiento para ser popular—para ser un consuelo para la mayor parte de la humanidad, padeciendo la presión de alguna calamidad, y que sirva para la vida—¡qué falta tan manifiesta es esta última palabra de la religión del placer! Entre muchos millones de hombres, sólo un Heine puede consolarse y conservarse

audaz con una gran ironía de esta clase en medio del sufrimiento, envolviendo su personalidad y el universo en el rojo fuego de este siniestro sarcasmo; pero los demás hombres no pueden, aunque quieran no pueden.

Por eso la religión del pesar tiene mucha ventaja sobre el sentimiento que le falta á la religión del placer; tiene la eficacia de ser un sentimiento general y popular, un apoyo para la masa de la humanidad, cuyas vidas están llenas de fatigas y penas. Consigue en realidad transmitir más goce á esa muchedumbre, que no los disfruta sin esa religión que el que se obtiene con su rival. No significa únicamente goce en perspectiva, sino en posesión; felicidad actual en el mundo. La cristiandad medio-eval ha sido reprochada por su tristeza y austeridades; Heine dice que cede el mundo material al diablo. Pero no obstante, ¡qué plenitud de delicias extrae y dirige San Francisco

de este mundo material y de sus elementos más comunes, y que más universalmente se goza—el sol, el aire, la tierra, el agua, las plantas!—Su himno expresa una sensación más cordial de felicidad, aun en lo material, que el himno de Teócrito. Esto es lo que hace la fortuna de la cristiandad—su contento, no su pesar, no el transferir el mundo espiritual á Cristo y el material al diablo, sino el sacar del espiritual un manantial de goce tan abundante, que se derrama sobre el material y lo transforma.

He dicho mucho mal del paganismo; y, significando un estado de cosas como comúnmente se piensa que significa, no lo he retratado peor de lo que merece. Sin embargo, no debo concluir sin recordar al lector que antes que este estado de cosas apareciese, hubo una época en la vida griega—en la pagana—de la mayor belleza y valor posibles. Esa época constituye por sí misma la Gre-

cia á que nos referimos cuando hablamos de Grecia, país poco menos importante á la humanidad que fué la Judea. La poesía del paganismo vivió por los sentidos y el entendimiento; la de la cristiandad medio-eval vivió por el corazón y la imaginación. Pero el principal elemento de vida del espíritu moderno no son los sentidos y el entendimiento, ni el corazón é imaginación; es la razón imaginativa. Y hay una centuria en la vida griega—la que precede á la guerra del Peloponeso, desde el año 530 hasta el año 430, —en la cual, á mi modo de ver, la poesía realizó el esfuerzo más noble, de más éxito que realizara nunca como sacerdotisa de la razón imaginativa, del elemento por el cual el espíritu moderno tiene que vivir en primer término, si ha de vivir razonablemente. De este esfuerzo, en el cual brillan cuatro esclarecidos nombres Simónides, Píndaro, Esquilo, Sófocles, no debo ahora intentar más

que una ligera mención; pero después de todo lo que he dicho, es justo y necesario indicarlo. No dudo que el esfuerzo fué imperfecto; quizá toda cosa, tomándola en el punto de existencia que queráis, lleva en sí la ley fatal de su desarrollo ulterior. Quizá, aun en el tiempo de Píndaro, Pompeyo fué el término inevitable. Acaso la vida de la hermosa Grecia no proporcionó á sus poetas toda esa plenitud de experiencia variada, toda esa facultad de conmoción que

»...el fuerte y abrumador peso
de todo este mundo ininteligible»

da á los poetas de los tiempos venideros. Quizá en Sófocles la potencia pensadora contrabalancea algo la sensación religiosa, como en Dante el sentimiento religioso prepondera en la facultad mental. El tiempo presente tiene que producir su poesía propia, y Sófocles y sus colegas, lo mismo que Dante y Shakespeare, no bastan para

eso. No lo discutiré; ni ensalzaré á los poetas griegos desde Píndaro á Sófocles como objetos de ciega adoración. Pero ningunos otros señalan tan claro el camino á la poesía del presente; ningún otro poeta ha vivido tanto por la razón imaginativa; ningún otro ha hecho su obra tan bien equilibrada; ningún otro ha satisfecho la facultad mental y el sentimiento religioso con tal perfección.

«¡Oh! Que mi destino me guíe por la senda de la santa inocencia en palabra y obra, la que ordenan las augustas leyes, esas leyes que tienen su origen en el excelso empíreo, y de las que sólo el cielo es padre, que ninguno de los mortales las engendra, ni jamás caerán en el olvido. El poderoso Dios muestra en ellas su grandeza, y no se quedan antiguas.» ¡Que San Francisco—ó Lutero, cualquiera de los dos—refuten eso!

SPINOZA Y LA BIBLIA

Por la sentencia de los ángeles, por el decreto de los santos, anatematizamos, separamos, maldecimos y execramos á Baruch Spinoza, en presencia de estos libros sagrados con los ciento trece preceptos que están escritos en ellos, con el anatema con que Josué anatematizó á Jericó; con la maldición con la que Eliseo maldijo á los hijos; y con todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley; maldito sea de día, y de noche; maldito cuando se levante, y cuando se acueste; maldito cuando salga, y cuando entre; el Señor no le perdone nunca; la cólera é indigna-